

Mondor...

Miré la soledad absoluta de mi cama tan vacía.

Ese fue el momento crucial en que entendí, que el olvido, era aun mil veces peor que la muerte más estúpida.

Me miré en el único espejo de mi único cuartucho. Vi a mi realidad, envuelta en las tinieblas del no entenderla demasiado bien. Vi a mi realidad, sin un destino fijo. Vi a mi estupidez, como queriendo esculpirle al tiempo, la forma de mi amada.

Aída. Ese misterio hecho mujer, donde mi amor por ella seguía viviendo en la foto de su rostro, nutriéndose de cosas que aun no comprendía demasiado. Si no, yo me pregunto, como poder entender a ese recuerdo que aun seguía siendo tan vivido, como una herida que se niega a cerrarse para siempre.

Las heridas comienzan a sanar, solo cuando pueden decirse con palabras, solo cuando se habla de aquellas emociones, que se quedaron agazapadas en lo profundo de nosotros. Cuando el sentimiento se desfoga, el alivio suele ser el oxígeno bendito para nuestro aprisionado corazón. Aunque todo sea una mentira. Aunque todo sea ilusiones... Ilusiones que reemplazan realidades, hechas con multicolores estrellas que brillan, brillan y brillan en el cielo del recuerdo.

Más allá de las palabras, latía el mensaje que pretendía acercarme a su recuerdo. Visitantes de la soledad, que se entretenían en los alrededores de esos lugares mágicos, que habitan siempre por adentro de nosotros. Un secreto hecho cicatrices con el tiempo. Presencia permanente del pasado en mi presente, deambulando en la casa del silencio. No solo fue una muerte, fueron dos...

Me senté sobre la cama. Cerré los ojos y contemplé a mi vida. Galerías vacías, de paredes pintadas en un blanco inmaculado, donde todo era un ya fue, donde todo era un ya nada, donde todo era un ahora solo, en el que se quedaron varadas algunas de esas miles de preguntas, que se quedarán para siempre sin respuestas, navegando en el río de recuerdos

Y miré mi futuro sin ella. Y sin él... Paisajes espectrales, de colores fríos y sin vida, pintados sobre carteles de chapa. El agua se reciclaba en el estanque, las arrugas se negaban a asomarse en el espejo (por vergüenza), la memoria se me volvía escritura, o la escritura, memoria. Líneas negras, que envolvían a manchas más oscuras, que llevaban rumbo al infinito, y que nos dejaban a cada pérdida, en un dolor que siempre sorprendía.

Llorar. Espejos de aquel tiempo en los que me sentía a punto de perderme para siempre. Aída se volvió amarillo luz de aceite. Aída se volvió piel de escarchas que temblaban... la sangre que se infiltraba desde abajo de su piel, hasta que se le llenó su cuerpo en hematomas filigranas. Aída, mi adorada Aída, ya no era. En un fúnebre tren del arco iris se marchó, y no pude hacer más nada... Nada de nada. Y todo había comenzado con un vulgar y prosaico perejil, colocado por el tallo en su matriz - *Es fácil..., enseguida lo largas y te viene la regla...* - le aconsejó una compañera, en su trabajo de sirvienta. Y, si... fue muy fácil. Pero en doce horas, Aída, mi adorada Aída, pasó desde este mundo, a ser muy fácil de la historia de la nada.

En el Hospital de Urgencias, los médicos gritaban: ¡*Mondor!* Hablaban entre ellos de Clostridium difficile... y de mil palabras más, todavía más difíciles. Me repetían algo de Septicemia. Una Infección en la sangre, me dijo por lo bajo una enfermera; menos mal, fue lo único que les pude entender... Y después de todos los dolores y colores, en pocas horas, fue la nada. Se terminó... así de fácil.

Aborto de pobreza. Aborto de ignorancia. Aborto de pobreza y de suicidio agazapado, que avanzan siempre juntos, marchando hacia la muerte, tomados de la mano. Aborto de pobreza, sordo y ciego, ilógico de toda lógica, que jamás entiende de razones. Aborto y perejil... - *¡Yo ni sabía que Aída, estaba embarazada! ¡Ni siquiera lo sabía...!*

Y mientras enciendo un cigarrillo por enésima vez, un murmullo de gritos y de voces en la calle, me lleva a acercarme a la ventana. Diviso a la Plaza de los Dos Congresos y a un montón de personas, con carteles, saltos y puteadas entre ellos. Solo son un montón de personas, divididos en dos grupos. Unos gritan que "si" al aborto. Y los de más allá, que "no".

No lo sé. Quizá en una clínica bien puesta o en un hospital como Dios manda, en lugar del perejil... a mi Aída, a lo mejor, vaya a saber, no lo sé... no le hubiese pasado lo que le terminó pasando. Quizá mi Aída, hoy estaría viva. Quizás, quizás, quizás... Unos gritan que "si" al aborto. Y los de más allá, que "no".

De mi Aída tomo la foto y contra mi destrozado corazón, la aprieto muy, muy fuerte. Y lloro. Y me quedo pensativo un rato largo... ¿Me estaré volviendo loco, que por primera vez estoy sintiendo que los dos, los del "si" y los del "no", tienen razón...? Unos gritan que "si" al aborto. Y los de más allá, que "no"...

fin